

ses y principios, que sería muy difícil exagerarla y aun describirla, y nos contentaremos con decir que así el campo, como el paseo de la Alameda y como los balcones, ventanas, azoteas y calles, estaban cubiertos de gente, presentando el cuadro más animado y pintoresco que pueda imaginarse.

Conmovidos ya los ánimos de los espectadores con el acto que acababan de presenciar, y exaltados más aún, con la presencia de S. M. al retirarse para su habitación, los vivas y aclamaciones fueron no interrumpidos; pero sí contestados por el Soberano con esa afabilidad y dulzura que tanto lo distinguen.

Insertamos á continuación las alocuciones del Exmo. Sr. General D. Miguel Miramón y Sr. Prefecto político de este Departamento, D. Manuel María Escobar, y con sumo placer daremos la comunicación que S. M. el Emperador dirigió al Sr. Alcalde municipal, para que el público conozca que nuestro augusto Soberano comprende y guarda en su corazón el amor á su pueblo y no mira indiferente las demostraciones que se le dirigen, no haciéndolo ahora porque todavía no la tenemos en nuestro poder.

Dios proteja á S. M. y salvo al Imperio.—El conserve las glorias y la independencia de México.

ARRIBO DEL EMPERADOR.

Querétaro, Febrero 19 de 1867.

S. M. el Emperador entró hoy á esta ciudad entre las aclamaciones del pueblo y del ejército, por cuyo acontecimiento verdaderamente nacional, S. M. se encuentra doblemente complacido.

Hé aquí en primer lugar la alocución del Exmo. Sr. General Comandante del primer cuerpo de ejército D. Miguel Miramón al presentar á S. M. á los señores generales, jefes y oficiales del referido cuerpo de ejército, y en segundo lugar la del Prefecto político y comandante superior del Departamento, General D. Manuel María Escobar.

SEÑOR:—El primer cuerpo de ejército, á cuyo frente me encontré por la confianza de V. M., disfruta el alto honor de felicitar á su Soberano, que viene á acompañarle en los momentos supremos en que va á decidirse para siempre el porvenir de México.

Los sufridos y valientes soldados que, en medio de la miseria y llenos de privaciones de todo género, estaban dispuestos á seguir haciendo, como hasta aquí, por la salvación de la Patria aun más de lo que podía esperarse, han sentido centuplicar sus fuerzas al saber que V. M. lleno de solicitud y penetrado de las dificultades de la situación presente, volaba en auxilio de los defensores de una sociedad infortunada, que espera con justicia, que V. M. la salvará de los horrores de la anarquía y de la próxima disolución que la amenaza.

SEÑOR: para secundar el patriotismo y la alta abnegación de V. M., las tropas del primer cuerpo de ejército no pueden ofrecer á su Soberano otra cosa que su lealtad y profunda adhesión á V. M., su sufrimiento y su valor.

Dígnese V. M. aceptar esta ofrenda del ejército, pues si bien es pequeña en sí misma, ella bastará, estoy seguro de ello, para llegar al noble fin á donde se dirigen los patrióticos esfuerzos de V. M.

SEÑOR: la presencia de V. M. en medio de sus soldados encadena desde este momento el triunfo á las armas imperiales: el primer cuerpo de ejército abraza ya la ínfima convicción de poder presentar á V. M., dentro de breves días, un nuevo laurel de victoria, conquistado en el campo de batalla sobre los enemigos de la patria, que á la sombra de la política, cubren de sangre y de horribles escenas nuestro territorio, comprometiendo el honor, la independencia y el porvenir de México.

SEÑOR: mientras que las tropas de mi mando pueden aclamar otra vez á V. M. en medio de las gratas sensaciones del triunfo, recibid de ellas la bienvenida y el homenaje de su lealtad y de su adhesión, que tributan á su Emperador, al primero de los mexicanos y al defensor de la independencia nacional.—DIEZ.

SEÑOR: Sin la bandera de Asturias, no hubiera existido la nación de Carlos V.; sin el pendon de Iguala, que ahora empuñan vuestras manos generosas, la patria de Iturbide sería presa impune de nuestro vecino, secundado hoy por lo más abyecto, lo más lamoral é ignorante de nuestras poblaciones.

SEÑOR: á vuestro preclaro nombre, reunis ahora vuestra noble y heroica abnegación de quedaros entre nosotros; y vuestra inesperada presencia en el cuartel general de vuestro ejército, aumenta, hasta el delirio el valor y el entusiasmo de vuestros leales veteranos, que tienen que pelear y vencer á la vista de su augusto Soberano.

Dios os bendiga, Señor, y á nosotros también, y que la posteridad os proclame, con justos títulos de gloria: Maximiliano el Grande.—DIEZ.

La respuesta dada por S. M. á estas notas del corazón, fué conmovedora, tierna, entusiasta y digna del héroe, que desechando el bienestar que podía proporcionarle el desentendimiento de las cosas públicas de nuestro país, ha preferido quedarse en medio de su pueblo y de su ejército, y ser partícipe de sus desgracias ó de su gloria.

¡Looz eterno al gran príncipe que plugo á Dios traernos para mantener nuestra unidad é independencia, y hacernos fuertes ante las malas pasiones y los furios de la anarquía!

Reproducimos aquí la proclama, orden del día, que expidió S. M. el Emperador en San Juan del Río, porque sin embargo de que se publicó y se repartió profusamente, momentos antes de llegar S. M., se han agotado y hay mucho deseo de poseer tan importante documento.

EL EMPERADOR AL EJERCITO MEXICANO.

Orden del día.—Hoy me pongo al frente y tomo el mando de Nuestro ejército que apenas dos meses hace podía principiar á reunirse y á formarse. Este día lo deseaba Yo ardientemente desde hace mucho tiempo. Obstáculos ajenos de Mi voluntad me detenían. Ahora libre de todos los compromisos, puedo seguir solamente Mis sentimientos de bueno y fiel patriota. Nuestro deber como leales ciudadanos Nos obliga á combatir por los dos principios más sagrados del país: por su independencia, que se ve amenazada por hombres que sus miras egoístas quieren negociar hasta con el territorio nacional,